

EL PROFESOR Y EL DECADENTE. DOS REACCIONES AL POSITIVISMO EN LA GENERACIÓN DEL 900 EN EL URUGUAY: JOSÉ ENRIQUE RODÓ Y JULIO HERRERA Y REISSIG

MARCEL NAGY

Investigador independiente

Resumen: Como en todo el continente latinoamericano, a finales del siglo XIX las nuevas generaciones intelectuales del Uruguay buscaban una salida del pensamiento de las décadas anteriores, marcadas por la influencia del positivismo. José Enrique Rodó y Julio Herrera y Reissig representan con sus obras maestras *Ariel* y *Tratado de la imbecilidad del país*, respectivamente, dos polos aparentemente opuestos. En el presente artículo se presentarán estas dos reacciones a la crisis del positivismo resaltando las diferencias y similitudes entre los dos intelectuales uruguayos tal vez los más destacados del cambio de siglo, que en sus obras, y pese a las diferencias estilísticas y de metodología, plantean un afán civilizador que difiere menos de lo que sugiere su primera lectura.

Palabras clave: historia de las ideas, historia, positivismo, espiritualismo, modernismo

Abstract: As in other countries of the Latin American continent, at the end of the 19th century, the new intellectual generations in Uruguay also were looking for a way out of the previous decades prevailing thinking, marked by the influence of the Positivism. José Enrique Rodó and Julio Herrera y Reissig represent with their masterpieces *Ariel* and *Treaty of the imbecility of the country*, respectively, two apparently opposite extremes. The article presents these two reactions to the crisis of the Positivism, highlighting the differences and similarities between the two possibly most prominent Uruguayan intellectuals at the turn of the century. In their works, and despite some stylistic and methodological differences, they propose a civilizing idea differing less than suggested by a first reading.

Keywords: history of ideas, history, Positivism, Spiritualism, Modernism

1. Introducción

Para finales del siglo XIX, la experiencia de los intelectuales latinoamericanos era que el entusiasmo post independentista se había convertido en un sentimiento de frustración, debido principalmente a las prolongadas crisis económicas y políticas del siglo, presentes en cada uno de los países del continente. Como lo señala Ádám Anderle, también había emergido una conciencia de atraso respecto a Europa y los Estados Unidos del Norte y era necesario un

remedio, que se encontró en el positivismo. Éste con su principio de “orden y progreso” tuvo una gran repercusión en el continente ya que parecía ser una respuesta a las dudas de los latinoamericanos sobre cómo estabilizar y desarrollar sus países.

El positivismo [...] parecía ofrecer a América Latina la filosofía e ideología que permitiría explicar su historia y esbozar su futuro, superando la pugna entre conservadurismo y liberalismo que caracterizó todo el siglo. Mientras los conservadores demandaban el orden sin progreso y los liberales el progreso sin orden, el positivismo asumió la tarea de conciliar ambos (Anderle, 2000:33).

Desde la década de 1860, las diferentes corrientes del positivismo tuvieron una influencia variada en los países del continente, en función de la composición étnica, las tradiciones locales y las políticas de cada una de las naciones que buscaban, en el mismo, un remedio a los males experimentados durante el siglo. Es más, las respuestas que ofrecía el positivismo parecían ser tan acertadas (por ser tan generales, agregaríamos hoy) que ya antes de que llegara al continente surgieron algunas de sus propuestas como un remedio, concretamente en Argentina, con la generación de 1837, marcada por Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) y Juan Bautista Alberdi (1810-1884). Esta generación, también conocida como prepositivista, encontró soluciones que décadas más tarde se generalizarían en todo el continente bajo la influencia de positivistas como Auguste Comte (1798-1857) o Herbert Spencer (1820-1903), quienes subrayaban, entre otros factores el fomento de la educación, el progreso y la inmigración. Las propuestas de estos filósofos europeos en América Latina se aplicaron en ambiciosos programas educativos, en políticas destinadas a dejar atrás la colonia, en el fomento de la inmigración europea, en investigaciones científicas y en el apoyo a las universidades, así como en proyectos de desarrollo económico.

2. Uruguay a finales del siglo XIX

El fin del siglo XIX uruguayo, desde el punto de vista intelectual, estuvo marcado por el realismo literario, el positivismo y las nuevas vanguardias izquierdistas, entre otras muchas ideas (Zum Felde, 1930:11), que llegaban al país con una inmigración de volúmenes cada vez mayores, principalmente desde España e Italia. En lo que se refiere a la vida intelectual del fin de siglo, en el Uruguay,

como en otros países latinoamericanos surgió una generación que dejaría atrás el romanticismo y se volvería hacia el modernismo, lo que en la literatura significó un giro hacia el simbolismo, el subjetivismo y el exotismo, con un fuerte carácter cosmopolita. Desde un punto de vista más general, la aparición del modernismo urbano e intelectual coincidió con el surgir de profundos y duraderos cambios que afectaron a los artistas, quienes –desde finales del siglo XIX– encontraron un nuevo espacio de actuación como resultado de la profesionalización que se registró en su medio y en otras esferas de la sociedad. Es la época de la barbarie, en la que surgen los nuevos dioses, como el trabajo, el ahorro, el orden, tal como lo asegura el historiador uruguayo José Pedro Barrán en su *Historia de la sensibilidad en el Uruguay* (Barrán, 1993:34-54).

El mexicano Octavio Paz resumió con estas palabras el ambiente que dominaba la vida intelectual del continente, y el sentimiento general respecto a los asuntos relacionados con el desarrollo y la integración del continente en la civilización occidental, meta final de todos los pensadores, artistas y políticos:

Llegamos tarde a todas partes, nacimos cuando ya era tarde en la historia, tampoco tenemos un pasado o si lo tenemos, hemos escupido sobre sus restos, nuestros pueblos se echaron a dormir durante un siglo y mientras dormían los robaron y ahora andan en andrajos, no logramos conservar ni siquiera lo que los españoles dejaron al irse, nos hemos apuñalado entre nosotros... No obstante, desde el llamado modernismo de fines de siglo, en estas tierras nuestras hostiles al pensamiento, han brotado, aquí y allá, dispersos pero sin interrupción, poetas y prosistas y pintores que son los pares de los mejores en otras partes del mundo (Paz, 1998:236-237).

Sea como sea, este ambiente de crisis, en palabras de Zum Felde, era un terreno fértil, ya que en tales situaciones “suele aumentar la riqueza de la filosofía”. Este período, que empieza en Uruguay a finales del siglo XIX y dura, según Zum Felde, un cuarto de siglo, “es seguramente el más rico en talentos y en obras de valor intelectual positivo”. Es una generación “esencialmente escéptica e individualista” (Zum Felde, 1930:17). De hecho, en estos años surgió en Uruguay, como en otros países del continente, la llamada generación del 900.

Se ha discutido si estos escritores, artistas e intelectuales formaron o no realmente una generación y estamos de acuerdo con el crítico Emir Rodríguez Monegal que asegura que “no es imposible afirmar la existencia de un impor-

tante grupo de escritores [...] que imperan hacia el 1900. Tal grupo parece postular la existencia de una generación literaria” (Monegal, 1950:43). Se trata de un fenómeno que pocas veces se dio en la historia intelectual del Uruguay, ya que solo los más destacados de esta generación fueron personajes de la talla de Carlos Reyles, José Enrique Rodó, Delmira Agustini, Julio Herrera y Reissig, Horacio Quiroga, Florencio Sánchez y los hermanos Vaz Ferreira (María Eugenia y Carlos), entre otros.

Es indudable que el más conocido y de mayor influencia fuera del país fue Rodó (1871-1917), quien publicó en 1900 su obra maestra, el *Ariel*, que le convirtió en un referente para el latinoamericanismo continental. Herrera y Reissig (1875-1910) por su parte, fue uno de los más grandes exponentes de la literatura modernista de América Latina, y también es el autor de un “anti-Ariel” (Mazzucchelli, 2006/2:568), el *Tratado de la imbecilidad del país por el sistema de Herbert Spencer*, obra que había escrito entre 1900 y 1902 (en colaboración con su amigo el poeta Roberto de las Carreras), pero que solo se publicó 105 años después, en 2006. En las siguientes páginas analizaremos estas obras, destacando algunos aspectos que permiten hacer una comparación entre el pensamiento de Rodó y el de Herrera y Reissig. Se trata de dos genios cuyas vidas tuvieron coincidencias, entre otras su corta existencia (Rodó 46 años, Herrera y Reissig 35), el que ambos eran autodidactas con una incompleta enseñanza superior, que los dos militaron en el Partido Colorado (urbano y más liberal) —que finalmente abandonaron— y estuvieron influenciados por el positivismo. Pese a estas semejanzas, sus vidas y obras se desarrollaron de una manera muy diferente. Rodó fue un solitario durante toda su vida. Dice Zum Felde que pasaba días en la biblioteca del Ateneo, sin ver a nadie y mientras volvía caminando a su apartamento repensaba cada palabra de sus ensayos y obras.

Su figura física [...] nos lo presenta como un tipo linfático en grado extremo; el cuerpo grande pero laxo, el andar flojo, los brazos caídos, las manos siempre frías y blandas, como cosas muertas, que al darlas parecían escurrirse. Carecía de toda energía corporal; sus mismos ojos, miopes y velados tras los lentes, no tenían expresión. Toda su vida era interior y no se transparentaba en su persona; sólo en la conversación era posible sospechar en aquel hombre pesado y gris, al escritor. [...] Esa misma timidez, acaso, ese fatal encogimiento físico, le apartó siempre del trato mundano y el amor de las mujeres, sin que, mentalmente, tuviese nada de incivil ni de misógino. Flaco en su juventud, aunque sin garbo, engrosó algo con los años, pero de una grosura fofa, como

Marcel Nagy

una hinchazón; y su cara pálida se abotagó como la de los bebedores, aunque sus íntimos aseguran que era abstemio (Zum Felde, 1930:79-80).

Herrera y Reissig, enfermizo, con graves problemas cardíacos desde su juventud, se rodeó de gente y buscaba la compañía de sus contemporáneos en el cenáculo que organizaba en la azotea de su tío, la *Torre de los Panoramas*. Herrera y Reissig era un verdadero dandy que, con su amigo, el también poeta Roberto de las Carreras, provocaba no solo por su vestimenta extravagante, sino con toda su forma de vida. Herrera y Reissig construía conscientemente su imagen de *dandy* y de decadente y aunque era drogadicto, se discutió si una famosa fotografía que se publicó en la prensa, del momento en que se inyecta, era o no la documentación de su adición o si la jeringa solo contenía agua (Mazzucchelli, 2006/1:34-44).

Su cuerpo –esbelto en la adolescencia– fue tomando un aire pesado y de fatiga; se encorvaron un tanto sus anchas espaldas, se hincharon sus pies, envejeció prematuramente; pero su rostro conservó siempre, y hasta sus últimos días, la belleza fina de la mocedad; y las oscuras borras de la vida no enturbiaron nunca sus puros ojos de niño (Zum Felde, 1930:149).

3. Ariel y anti-Ariel

Rodó publicó en 1900 el *Ariel*, obra que en muy poco tiempo lo convirtió en el maestro de América y el intelectual uruguayo más conocido de su época. El *Ariel* es un ensayo, el largo discurso de un maestro a sus discípulos, sobre moral, juventud, arte y sobre la división de América en una parte latina, que está representada por Ariel, el espíritu de la belleza, y otra sajona, todo lo contrario, utilitarista, que se personifica en Calibán. Es una de las obras latinoamericanas más analizadas, por lo que aquí solo cabe mencionar que en sus planteamientos se atiene al positivismo finisecular, pero en sus respuestas y soluciones, en parte, intenta superar las ideas de Comte y Spencer. El estilo del *Ariel* es académico, a veces hasta pesado para el lector del siglo XXI, y todas sus palabras parecen haber sido pensadas más de una vez. El dramaturgo, escritor y periodista Víctor Pérez Petit (1871-1947), que no solo era integrante de la generación del 900, sino también un amigo de Rodó, resumió con estas palabras la esencia de la obra: “*Ariel* es un evangelio para la juventud sudamericana: su numen excelso la

ha bautizado con un ósculo sereno, todo fragancia de nardos, todo diafanidad de luz. *Ariel* es la voz y la conciencia de nuestra raza” (Perez Petit, 1919:60).

El anti-Ariel, o sea el *Tratado de la imbecilidad del país por el sistema de Herbert Spencer* de Herrera y Reissig, fue escrito entre 1901 y 1902 y es un ensayo en el que analiza la situación del Uruguay y su gente. “Destrozo en él a esta sociedad, imbécil y superficial”, aseguró el autor y de hecho cada uno de los 600 folios de la obra es una denuncia sarcástica de los más variados aspectos de la sociedad del Uruguay del fin de siglo, desde la sexualidad, y la capacidad mental de su gente a la que trata de “imbéciles” o de “nuevos charrúas” (indígenas que vivían en el actual territorio del Uruguay cuando comenzó la conquista española), hasta las condiciones de su ciudad natal, *Tontovideo*. Su estilo no podría diferir más del de Rodó: frío, irónico, aparentemente improvisado, lleno de sentimientos fuertes y hasta coloquial. El título lo dice todo sobre el método de Herrera y Reissig: acude a las ciencias que el positivismo utilizó en los análisis, como la sociología y la psicología, para obtener los datos que le ayudan a describir los fenómenos que critica. Frente a Rodó, Herrera y Reissig no quiere superar el positivismo, sino que da un paso hacia atrás del espiritualismo modernista para volver a Spencer. Si el *Ariel* es, según Pérez Petit, algo “sereno”, un “ósculo sereno” y un “evangelio”, el *Tratado* en su estética es todo lo contrario, aunque en su esencia las dos obras no difieren. El ensayo de Herrera y Reissig es, al igual que el de Rodó “la voz y la conciencia de nuestra raza”, como lo ha asegurado Pérez Petit sobre el *Ariel*. El *Tratado* solo fue conocido parcialmente en su época y fue publicado recién en 2006, aunque los contemporáneos de Herrera y Reissig sí tenían información sobre estas páginas. Horacio Quiroga, que era amigo del autor en los años en que redactó el libro, resumió así lo que sabía:

Trátase de una obra eminentemente nacional, con bonito título y tendencias más que humanitarias. Se pretende en ese libro dar una cabal idea de lo que somos, es decir, de lo que son nuestros compatriotas, explicando el origen de ciertas piedras cerebrales tan edificantes en la República Oriental del Uruguay, así como la virtud nacional de ser presuntuosamente estúpidos –perdón por la palabra, pero se trata de eso en el libro. [...] Ciertamente es que las páginas son graves; pero estoy seguro de que mis buenos amigos no pretenden organizar un movimiento de vergüenza hacia la suma de habitantes de nuestra tierra (Citado por Mazzuchelli, 2006/1:90).

Pese a estas discrepancias, las dos obras son producto de una misma realidad y aunque con métodos diferentes, en algunos temas llegan a conclusiones muy semejantes y en otros aspectos que veremos más abajo, se complementan. Sin embargo, lo más importante a subrayar es que el *Ariel* y el *Tratado* entienden que América Latina y el Uruguay necesitan ser civilizados para poder sobrevivir a los cambios finiseculares.

Herrera y Reissig se centra en la falta de cultura y civilización en el Uruguay, denunciando que “los uruguayos son unos primitivos” (Herrera y Reissig, 2006:138), a quienes compara con los charrúas “salvajes” y agrega que “es asombroso que un país que se tiene por civilizado, que posee universidad y medios de adelanto de todo género, no produzca inteligencias propiamente dichas” (Herrera y Reissig, 2006:327). En su visión los uruguayos “no sirven para nada”, y “su existencia es una anomalía; una constante lucha del organismo contra el medio en que se agita” (Herrera y Reissig, 2006:391).

Es indudable que tanto para Rodó como para Herrera y Reissig uno de los puntos de partida son las ideas sobre “civilización y barbarie” de Sarmiento y Alberdi. En el caso del *Tratado* es más fácil demostrar esta influencia, ya que sus afirmaciones riman con las tesis del *Conflictos y armonías de las razas en América*, de Sarmiento. En efecto, Herrera y Reissig considera la herencia y la tradición española, así como el mestizaje, como “factores contrarios a la modernización continental”, mientras que la enseñanza y la inmigración europea funcionarían como remedio (Mazzucchelli, 2006/2:533). En este punto Rodó y Herrera y Reissig coinciden y podemos agregar que la influencia no es solo de los prepositivistas argentinos, sino también de Comte y de Spencer.

4. La raza, la sociedad y la inmigración

Para el lector del siglo 21, es difícil aceptar ciertas posturas relacionadas con el darwinismo social, al cual, al fin y al cabo, ambos autores recurren. Aun así, la adhesión al darwinismo no es total en el caso del autor del *Ariel* (Mellado, 2006), mientras que Herrera y Reissig lo hace de una manera exagerada y provocativa. Para Rodó, la diferencia entre las dos partes del continente, entre la América latina y la sajona, es de superioridad e inferioridad. Ariel, o sea América Latina, es “triumfante, significa idealidad y orden en la vida, noble inspiración en el pensamiento, desinterés en moral, buen gusto en arte, heroísmo en la acción,

delicadeza en las costumbres” (Rodó, 1967:248) y agrega que los americanos latinos tienen “una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro” (Rodó, 1967:233). Frente a éste, Calibán representa el utilitarismo, algo que el autor del *Ariel* rechaza rotundamente. Rodó caracteriza así a la América sajona: “la idealidad de lo hermoso no apasiona al descendiente de los austeros puritanos. Tampoco le apasiona la idealidad de lo verdadero. Menosprecia todo ejercicio del pensamiento que prescindiera de una inmediata finalidad, por vano e infecundo. No le lleva a la ciencia un desinteresado anhelo de verdad, ni se ha manifestado ningún caso capaz de amarla por sí misma”. (Rodó, 1967:238).

Es muy diferente la postura de Herrera y Reissig quien hace referencias al pensamiento de Spencer, explicando la inferioridad de la “raza” uruguaya (o latinoamericana) con factores como el clima y el medio ambiente, cuando asegura que los “tipos mentales” están condicionados por “circunstancias del medio ambiente, nuestros hombres se asemejan al hombre incivilizado. Sus caracteres son idénticos. Dijérase del uruguayo que es un salvaje que ha frecuentado la escuela o la universidad; que se le trajo de una toltería cuando pequeño, vistiéndoselo a la Europea” (Herrera y Reissig, 2006/1:299).

Para Herrera y Reissig no hay duda alguna de que la “raza latina” es inferior y asegura que es una “verdad científica” que “las razas inferiores no poseen el don de la inventiva”, ya que lo único que hace “la gente de este país y de otras naciones de América del Sud” es copiar y repetir. Mientras Rodó en otros ensayos (como por ejemplo en *El que vendrá*) llama la atención sobre las originalidades de la literatura como una base del continentalismo, Herrera y Reissig no perdona a los literatos de Latinoamérica y asegura que su literatura

es servilmente parasitaria, cuyas manifestaciones intelectuales en cualquier género son placas fotográficas de las que intentan otras razas; sin que se haya producido hasta el presente una nota original; algo en que se perciba el aliento de una creación. Esta falta de originalidad se nota hasta en las costumbres más insignificantes; en la conducta; en el modo como los hombres se manifiestan en sociedad; en las ideas prácticas sobre la vida, en las convenciones de toda especie, en el amor, en el trabajo, en fin en todo lo que cae bajo la lente del observador (Herrera y Reissig, 2006/1:352).

Si Herrera y Reissig deja más que claro que culpa a la “barbarie” de la raza por el atraso del continente, aludiendo indiscutiblemente a Sarmiento, Rodó evoca a Alberdi, cuando habla de que “gobernar es poblar”, o sea que las naciones de América Latina necesitan una inmigración, aunque eso sí, controlada. El autor del *Ariel* recordó que los países latinoamericanos han registrado un “presuroso crecimiento” de sus democracias, debido, entre otros, a una afluencia inmigratoria de “enorme multitud cosmopolita”, pero estas masas trataban de incorporarse en “un núcleo aun débil”, que no es capaz de asimilar a los recién llegados. Este fenómeno exponía a las sociedades del subcontinente al peligro de que, sin una base sólida, la inmigración en masa podría causar una “degeneración democrática”, ahogando “bajo la fuerza ciega del número toda noción de calidad”. En este punto Rodó citó a Alberdi y su famosa frase de “gobernar es poblar” y agregó:

Pero esta fórmula famosa encierra una verdad contra cuya estrecha interpretación es necesario prevenirse, porque conduciría a atribuir una incondicional eficacia civilizadora al valor cuantitativo de la muchedumbre. Gobernar es poblar, asimilando, en primer término; educando y seleccionando, después. Si la aparición y el florecimiento, en la sociedad, de las más elevadas actividades humanas, de las que determinan la alta cultura, requieren como condición indispensable la existencia de una población cuantiosa y densa, es precisamente porque esa importancia cuantitativa de la población, dando lugar a la más compleja división del trabajo, posibilita la formación de fuertes elementos dirigentes que hagan efectivo el dominio de la *calidad* sobre el *número*. (Rodó, 1967:224-225).

La “calidad” de la inmigración también es la clave para Herrera y Reissig, conforme a lo expuesto por varios positivistas latinoamericanos de la época, que veían necesaria la entrada de nuevos ciudadanos de los países del norte de Europa. Herrera y Reissig entiende que la población de América Latina ya en sí es “inmigratoria”, lo que es una de las fuentes de su falta de civilización y afirma que

de una raza inmigratoria, como la nuestra, es imposible que salga no digamos ya un genio, sino un hombre dotado de condiciones algo elevadas de entendimiento y de imaginación, capaz de tomarle un eco a la gran naturaleza, a la prostituta fecunda, como dice Nietzsche, fuerte como para encarnar en algún rasgo la conquista más lasciva de una sensación. Y si saliera como de esos hombres, del chapatal biológico de estas comarcas, [...] este hombre sería un monstruo; y la psicología tendría que buscar su patrimonio en

El profesor y el decadente. Dos reacciones al positivismo en la generación del 900 en el Uruguay: José Enrique Rodó y Julio Herrera y Reissig

raíces muy lejanas, y quizás ocultas entre las brumas de los ascendientes (Herrera y Reissig, 2006/1:353).

La inmigración “de calidad” ya ha dado resultados en otros países asegura Herrera y Reissig, y pone como ejemplo a Argentina, Chile, México y Nicaragua, donde se ha registrado un desarrollo material gracias a la entrada en los países de “buenos elementos, de animales finos” que son razonables, laboriosos y activos, algo sustancial en la construcción de la civilización. Según el autor del Tratado en estos países cambió esencialmente el carácter social, ya que “la característica arcilla cede al distintivo sajón, y al rasgo francés o británico que forman, dentro del terreno virgen, los gérmenes animados de una idiosincrasia reparadora, de una modalidad polítona, desagüe hialino de corrientes fecundas y de Progreso” (Herrera y Reissig, 2006/2:164).

He aquí dos importantes elementos del pensamiento positivista: el de subrayar la importancia de una inmigración “de calidad”, o sea sajona, y del progreso como fin de toda actividad social. En otro lugar opina en su estilo tajante: “Tengo por seguro que si cerrasen en este país las puertas a la inmigración, dentro de unos siglos seríamos completamente salvajes, tanto como los que se comieron a [Juan Díaz de] Solís” [los charrúas en 1516] (Herrera y Reissig, 2006/2:110-111).

En ambos se detecta el temor a las masas, que representan en sí la barbarie, que el continente debería dejar atrás, para poder civilizarse. En palabras de Rodó: “La multitud, la masa anónima, no es nada por sí misma. La multitud será un instrumento de barbarie o de civilización según carezca o no del coeficiente de una alta dirección moral” (Rodó, 1967:225).

5. Las artes y la belleza

Ya se ha dicho muchas veces que Rodó en su obra hace una comparación entre la América latina y la sajona, representándolas con las figuras de Ariel y Calibán, respectivamente. Calibán, o sea los Estados Unidos del Norte representa para el autor el máximo ejemplo del utilitarismo, que es en todo contrario al ideal soñado por Rodó. Para él, Ariel es triunfante, y personifica la idealidad y el orden en la vida, la “noble inspiración en el pensamiento, desinterés en moral, buen gusto en arte, heroísmo en la acción, delicadeza en las costumbres” (Rodó, 1967:248). Según Rodó Ariel-Latinoamérica “es la razón y el sentimiento supe-

rior. Ariel es este sublime instinto de perfectibilidad, por cuya virtud se magnifica y convierte en centro de las cosas la arcilla humana a la que vive vinculada su luz”. o sea, el “excelso coronamiento” de la obra de la naturaleza (Rodó, 1967:247). En estas imágenes Latinoamérica aparece como algo muy superior a la parte sajona del continente, pero lo más importante es que si para Rodó la “raza latina” es ser abierto a la belleza y la altura moral, culto e idealista, no podría ser más distante la opinión de Herrera y Reissig, que subrayaba “la impotencia mental de los uruguayos en su mal gusto en cuestiones de arte”. Los uruguayos, prosigue, son ineptos para comprender cosas complejas. Hasta llega a afirmar con ironía que

en cambio son locos, deliran por la zarzuela, por los dramas españoles, a cuya representación asiste en masa toda la sociedad, aplaudiendo con entusiasmo las cursilerías sentimentales, los chascarrillos infectos, los pasajes más inverosímiles, las más crasas estupideces del canto y de la escena, estupideces que merecen de los críticos teatrales de Montevideo, y de la prensa en general, grandes tiradas de elogios. Los éxitos de zarzuela, este género burdo, que se acomoda perfectamente al espíritu de nuestra raza, son admirables (Herrera y Reissig, 2006/1:330).

Es más, el autor del *Tratado* en una nota de pie se burla de Rodó, a quien llama “autorcillo de Ariel”, cuando le critica de “ingenuo” citándole y burlándose de su idea de que la salvación de aquella modernidad llegaría con los hombres de letras. La burla hacia Rodó es tajante: comienza citando las palabras de Rodó, para después criticarlo por esperar que las artes en sí sean capaces de cambiar el mundo:

«El vacío de nuestras almas solo puede ser llenado por un grande amor, por un grande entusiasmo; y este entusiasmo y ese amor sólo pueden serles inspirados por la virtud de una palabra nueva.» No se puede exigir una ingenuidad más uruguaya. Según esto, cualquier fraile caritativo que haga escuela en literatura basta para colmar los deseos del monstruo humano, para dar término a los sufrimientos de la especie, y hasta para revelar los problemas económicos de actualidad, pues nuestro crítico parece dar a entender «que el dios desconocido» y que aún está por venir, no será otro sino un literato, un cincelador de frases evangélicas y ardientes; y exclama para terminar «¡Revelador! Revelador!, la hora ha llegado!» (Herrera y Reissig, 2006/2:468-469).

6. El progreso

Uno de los principios básicos del positivismo, coincidimos con Ádám Anderle, era el del progreso (junto al orden), algo que todos los intelectuales y políticos del continente anhelaban, después de un siglo XIX que resultó ser un fracaso desde este punto de vista (Anderle, 2000:33). Así resultaba claro para liberales, conservadores y positivistas que los Estados Unidos del Norte eran indudablemente un punto de referencia, sea por el rechazo o por la aceptación del progreso sajón.

Es evidente que para Rodó, que rechazaba el utilitarismo norteamericano, el progreso significaba algo más o diferente que para sus contemporáneos positivistas, y veía en él un peligro, pues la “utilidad material” aleja a la gente del espiritualismo e idealismo que deberían ser las bases de toda sociedad, según el autor de *Ariel*. Las personas que “enajenando insensatamente el dominio de sí a favor de la desordenada pasión o el interés utilitario, olvidan que, según el sabio precepto de Montaigne, nuestro espíritu puede ser objeto de préstamo, pero no de cesión” (Rodó, 1967:216), no pueden ser “hombres libres”, afirma Rodó, mientras que agrega que América (a finales del siglo XIX) enfrenta dos peligros: la inmigración en masa y el “presuroso crecimiento” (Rodó, 1967:224). Estos dos factores exponen el continente “a los peligros de la degeneración democrática, que ahoga bajo la fuerza ciega del número toda noción de calidad” (Rodó, 1967:224). Es por eso que

cuando el sentido de la utilidad material y el bienestar domina en el carácter de las sociedades humanas con la energía que tiene en lo presente, los resultados del espíritu estrecho y la cultura unilateral son particularmente funestos a la difusión de aquellas preocupaciones puramente ideales que, siendo objeto de amor para quienes les consagran las energías más nobles y perseverantes de su vida, se convierten en una remota, y quizá no sospechada región, para una inmensa parte de los otros (Rodó, 1967:215).

Herrera y Reissig, al contrario, ve una incapacidad de desarrollo y progreso en el Uruguay, al que compara a un pantano, donde “nadie da un paso adelante; la sociedad es un rebaño homogéneo que marcha paso a paso por las sendas más trilladas, al son de las antiguas esquilas. El uruguayo, como el hombre primitivo, es conservador en alto grado” (Herrera y Reissig, 2006/1:340). Para el escritor este “pantano uruguayo” simboliza la sociedad que en nada se asemeja a la de

Europa Occidental (Romiti, 2012:146). Herrera y Reissig se queja de que la América española prácticamente no progresa, debido a que es “cada vez más estúpida; más inaccesible a los refinamientos del progreso”. Para el autor del *Tratado*, esta incapacidad de progresar se enraíza en el carácter de los pueblos del continente y “difiere inmensamente del carácter europeo”. En América, dice:

[...] la civilización está como prendida con alfileres a su carne aceitunada, que solo puede soportar el taparrabos de las costumbres sencillas; no ha dado un filósofo, un pensador, un economista, un hombre de ciencia; sus escritores y sus políticos son casi malos; su intelectualidad, que se alimenta de mendrugos europeos, es una tilinguería condimentada, un bodrio de tinta sucia, hecho con sobras de librería (Herrera y Reissig, 2006/2:110).

Para Herrera y Reissig, los latinoamericanos son “enemigos del Progreso y sostén de la reacción en todas las formas y materias”, debido a que viven “ligados al pasado y la tradición, y consideran lo nuevo como una ofensa personal”. Para los uruguayos, cuya vitalidad, dice “supera apenas a la del salvaje”, las nuevas ideas “exigen esfuerzos para pensarlas, y todos los esfuerzos son dolorosos” (Herrera y Reissig, 2006/1:344), añade con una ironía sin compasión.

7. Conclusiones

Más allá de algunas semejanzas y más diferencias ideológicas, temáticas y metodológicas, los dos textos son llamamientos a civilizar sus respectivas sociedades y realidades, en las que vivían y que criticaban, lo que para Rodó era el continente, mientras que para Herrera y Reissig el Uruguay y también América Latina. Morales Saravia subraya que ambos “aparecen plenamente unidos al proyecto civilizador” (Morales Saravia, 2000:169). Aunque las diferencias que los separan son obvias, no debemos olvidar que el *Ariel* (1900) y el *Tratado* (1902-1903) fueron redactados cuando en el Uruguay se preparaba el radicalismo político de José Batlle y Ordóñez, que más tarde dio lugar a las más avanzadas ideas del continente, bajo el sistema conocido como batllismo (que, entre otras cosas, preparó e introdujo la aplicación y codificación de instituciones y derechos fundamentales como el voto femenino y universal, el colegiado, la educación laica, o el divorcio a pedido de la mujer). El texto de Herrera y Reissig es un grito desesperado y destructor, para después poder reconstruir todo, mientras que el de Rodó parece ser más tranquilo y educador, y pide más respeto por las tradi-

ciones propias de “la raza”. Como asegura Mazzucchelli, Herrera y Reissig no “propone una verdad serena”, pero hoy puede “iluminar” temas y acercamientos que “la visión hegemónica de la historia intelectual del país dejó en una pudorosa sombra” (Mazzucchelli, 2006/2:573).

Las dos obras tratan y analizan la civilización, y buscan alguna solución para la inserción de la sociedad latinoamericana o uruguaya en el mundo occidental. Son respuestas, pero no solo a la crisis en lo ideológico y artístico, mediante la superación del liberalismo, el conservadurismo y –en parte– el positivismo, sino a las preocupaciones generadas por la crisis económica finisecular, y el sentimiento de atraso. Una paradoja en este escenario es que justamente Herrera y Reissig, que critica sin rencor la falta de progreso, se mueve hacia atrás en el tiempo, cuando retoma el sistema de Spencer y vuelve desde el modernismo al positivismo, mientras que Rodó, que en comparación con el autor del *Tratado* es un conservador, al considerar que lo óptimo sería un progreso más lento, representa la vanguardia, dejando atrás, o tratando de dejar atrás el positivismo para abrir camino al espiritualismo del modernismo.

Bibliografía

- Anderle, Ádám. 2000. *Modernización e identidad en América Latina*. Szeged: Hispánia.
- Barrán, José Pedro. 1993. *Historia de la sensibilidad en el Uruguay. Tomo 2: El disciplinamiento (1860-1920)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Herrera y Reissig, Julio. 2006/1. *Tratado de la imbecilidad del país por el sistema de Herbert Spencer*. Montevideo: Taurus.
- Herrera y Reissig, Julio. 2006/2. *Tratado de la imbecilidad del país por el sistema de Herbert Spencer*. Montevideo: Taurus. Edición digital extendida en formato de CD-ROM.
- Mazzucchelli, Aldo. 2006/1. “Estudio preliminar” Herrera y Reissig, Julio: 2006/1. *Tratado de la imbecilidad del país por el sistema de Herbert Spencer*. Montevideo: Taurus. 25-100.
- Mazzucchelli, Aldo. 2006/2. “Posfacio. Nueve provocaciones críticas para leer el *Tratado de la imbecilidad del país*” Herrera y Reissig, Julio. 2006/2. *Tratado de la*

imbecilidad del país por el sistema de Herbert Spencer. Montevideo: Taurus. Edición digital extendida en formato de CD-ROM. 533-573.

Mellado, Luciana. 2006. “El modernismo y el positivismo en el Ariel de José Enrique Rodó” *Alpha. Revista de artes, letras y filosofía*, 22. 75-88. Fecha de consulta: 26 de diciembre de 2017. Asequible en: <https://goo.gl/HBzxoJ>

Morales Saravia, José. 2000. “La semejanza de la diferencia: Julio Herrera y Reissig y José Enrique Rodó” Ette, Ottmar-Heydenreich, Titus (eds.). *José Enrique Rodó y su tiempo*. Erlangen: Vervuert – Iberoamericana. 153-171.

Paz, Octavio. 1998. *El laberinto de la soledad. Postdata. Vuelta al laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica.

Víctor, Pérez Petit. 1919. *Rodó. Su vida - su obra*. Montevideo: Imprenta Latina.

Rodó, José Enrique. 1967. *Obras completas*. Madrid: Aguilar.

Romiti, Elena. 2012. “Fuera del sistema-nación” *Revista de la Biblioteca Nacional*, 6-7. 143-155.

Rodríguez Monegal, Emir. 1950. “La generación del 900” *Revista Número*, 6-7-8. 37-61. Fecha de consulta: 26 de diciembre de 2017. Asequible en: <https://goo.gl/XAcgvQ>

Zum Felde, Alberto. 1930. *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*. Tomo II. Montevideo: Comisión Nacional del Centenario.